

1. VENECIA SIN TI

Este texto es un ejercicio de humildad ante lo inevitable,
a la vez que un ensayo, a propósito, sobre la sorpresa
de la incertidumbre argumentística.

A Carmen y a Merchechu

Querido Daniel:

Si todo ha ocurrido como lo he ido calculando, cuando leas esta carta ya no estaré contigo. Ni contigo ni con ninguno de vosotros. Lo he planeado a conciencia desde hace ya tiempo y espero que, a pesar de las dificultades que esta decisión me ha supuesto y te ha supuesto a ti, haya logrado mi objetivo sin demasiados escándalos ni contratiempos. Perdóname. Supongo que has pasado unos terribles días de incertidumbre y de desasosiego. Pero no me quedaba más remedio. Ha tenido que ser de esta manera y, al menos en mi cabeza, yo no he sido capaz de ver otra salida. Lo he calculado todo escrupulosamente y lo he dejado todo bien atado, como decís los hombres, sin permitirme quedar ningún cabo suelto que pudiera complicaros. Sé que te hubiera gustado participar, de alguna manera, de este mi último proyecto, o darme permiso para ello o incluso dirigirlo tú mismo –seguro que lo hubieras preferido–, pero esta vez no era posible, y he creído mejor para los dos coger yo las riendas por mi cuenta y hacerlo todo sola. Ya sabes que he sido siempre una mujer de resoluciones imprevistas –aunque sólo lo fueran aparentemente, porque en el fondo todo lo meditaba muy a conciencia–, de reacciones muy mías y de desconcertantes determinaciones. Y que, precisamente por estas actitudes, tú y yo hemos tenido no pocos encontronazos casi irresolubles. Por eso me resolví aquel día, que hoy se me antoja tan lejano, aprovechando nuestro enfado y tu cabezonería de seguir en tus trece sin dar tu brazo a torcer –aunque sabías positivamente que yo llevaba más razón

que un santo– a comprar un billete de avión para Venecia y, sin encomendarme a Dios ni al diablo, porque realmente ya ni sé a quien una se encomienda cuando decide separarse de los suyos de una manera tan drástica como yo lo he hecho, plantarme aquí valiente y decidida.

Nunca he pensado hacerte daño con esta determinación o esta locura, si así quieres llamarla. Sólo supuse que, en el estado en el que estaban ya las cosas, era lo más conveniente para ambos. A veces hay que prenderle fuego al propio aposento para evitar que se queme toda la vivienda. Además, en el fondo, yo no te he dejado. Solamente he buscado la manera más suave de hacerte comprender ciertos aspectos de mi vida y de mi cuerpo que, estando cerca de ti, a tu lado, con tu constante protección y vigilancia, tal vez no hubiera nunca osado revelarte... Ahora, sin embargo, quizás me atreva a hacerlo. Una carta es otra cosa. Es un intermediario mucho más aséptico del corazón y del cerebro que la palabra hablada. Aquí puedo expresarme libremente, sin mirarte a los ojos y sin sentir la coacción que tu mirada, siempre tan solícita a todos mis deseos, pudiera haberle impuesto a mis extravagantes sentimientos. Además, a través de la escritura uno se sincera de forma más auténtica, todo fluye mejor... Aunque sé que me dirás que no he sido correcta, que éstas no son maneras de expresarlo... Pero ya da lo mismo... Intenta asimilarlo, porque no habrá vuelta atrás en el proceso. He puesto muchísima tierra de por medio y, cuando leas mi carta, habrán pasado tantas cosas que, a lo mejor, ya lo has asimilado todo convenientemente y hasta comprendes lo que he hecho y me perdonas.

Por lo pronto estoy cómodamente instalada en un hotel coqueto y preciosísimo al lado del canal de la Giudecca, en el Zattere allo Spirito. No te he escrito antes hasta tenerlo todo más o menos controlado... Desde mi ventana puedo ver pasar los *vaporetti* que lo surcan con su zumbido de abejorros, navegando delante de la hermosa iglesia de piedra blanca y enorme cúpula casi bizantina del Redentore. Sin quitarle ningún mérito a las hermosas vistas que desde nuestra terraza se observan de la Alhambra, esto ha supuesto un cambio sorprendente. Siento una paz que allí me resultaba casi imposible experimentar en ninguna hora del día ni de la noche. Nadie me conoce. Nadie me va a

juzgar. Nadie me mirará de modo inquisitivo por la calle. Salgo cuando me apetece y voy a donde quiero sin que me sienta vigilada... A las traseras de la manzana donde está enclavado el hotelito se encuentra Santa María della Salute y justo aquí al lado, en el pequeño río dei Fornari, de vez en cuando pasan las góndolas sirgando mansamente, como gigantescos ataúdes silenciosos deslizándose sobre la superficie de las aguas verdeazuladas. De la casa de enfrente cuelgan buganvillas de color violáceo que llegan casi hasta la escalinata de la puerta. Los pasos de los transeúntes resuenan en la acera con un rumor inusitado y con sonidos nuevos para quien viene de una ciudad donde el ruido de los coches lo amortigua todo. Aquí se percibe incluso la respiración propia junto con el suave chocar del oleaje contra los cimientos de los edificios... A veces salgo a pasear por los alrededores, llego hasta la Punta de la Dogana, entro en algún pequeño restaurante, miro un escaparate, o, simplemente, cojo un barco de los que atracan justo aquí delante, y me dejo llevar por donde haga el recorrido hasta que complete el camino de ida y vuelta y me ponga de nuevo en el embarcadero. Sólo por el placer de ver y de dejarme llevar sobre las aguas. Hace dos días llegué incluso hasta el Lido, pero no quise bajarme en la parada. Preferí dar vueltas y más vueltas alrededor de la laguna de Venecia, observando sus contornos y perfiles, los tejados, las cúpulas, los esbeltos y hermosos *campaniles*, los contraluces inesperados... Aquí en Venecia, en cada recodo, siempre te sorprende algo extraordinario...

Ahora está ya casi atardeciendo. Desde la ventana de la habitación en donde escribo, todo se vuelve de color anaranjado por momentos. Tengo tu libro de sonetos delante de mis ojos. Me he traído conmigo unos gemelos tuyos y aquel foulard de seda de color magenta que ambos compramos juntos en Florencia. Y a pesar de que te estoy echando de menos esta tarde, me siento feliz de haberte abandonado, de que no estés aquí a mi lado para observar mis movimientos. Tal vez en el futuro lo comprendas...

El vuelo desde Madrid fue emocionante. Tuve una sensación repentina de excarcelación en cuanto el aparato despegó del suelo y se puso por encima de las nubes. Y no

precisamente por el tópico manido de compararme con los pájaros, sino porque, al dejarte atrás, y dejar atrás también nuestros proyectos, nuestra casa y nuestras complicidades, experimenté unos sentimientos de independencia que me tranquilizaron sorprendentemente. ¿Cómo te lo diría? Un bienestar tal vez, un desahogo... Como si contigo, en Granada, se hubiesen quedado aparcados todos mis problemas y yo me hubiera transportado sola a un mundo más liviano, más ligero, mucho más respirable y salutífero... (Ay, no sé si en realidad he querido decirte lo que he dicho. A lo mejor no era exactamente eso, sino que lo que he pretendido decir es que, al escapar de casa, me quedé liberada de las múltiples ataduras y responsabilidades que toda relación conlleva... Sí, eso es, yo creo que está mejor así...). Y experimenté el placer de ser de nuevo otra persona, yo misma toda entera, sin reservarme parte de mis emociones para sentirlas obligatoriamente siempre contigo compartidas. Al fin y al cabo, no me negarás que toda relación conlleva la aceptación de un implícito pacto de rendiciones y claudicaciones por ambas partes... Ya hemos hablado de eso muchas veces... No voy a repetirme... Me resultó chocante incluso descubrir de nuevo a esa mujer que hace ya tiempo –ni me acuerdo cuánto– dejó cerrados muchísimos cajones de su armario para ordenar los tuyos solamente. Y que estuviese medianamente viva todavía... Por eso quizás es por lo que, cuando me vi libre de ataduras, experimenté en el corazón o en el cerebro, que aún no averigüé dónde se sienten y experimentan las emociones, esa especie de independencia relajante que me llenó por dentro los pulmones de bocanadas frescas de aire nuevo... Daniel, eso no significa, en absoluto, que yo te quiera menos. Es simplemente una manera más de hacerte confidencias, de descubrirte mis intimidades sin reserva ninguna y sin censuras. Una forma especial de estar contigo, estando ya tan lejos... Lloré un poquito, eso sí, cuando, volando por encima de Cerdeña, ya comprendí que nunca habría un retorno hacia el pasado, que no iba a permitir dar marcha atrás después de haber meditado durante tanto tiempo la decisión de abandonarte... Es tan difícil decirte todo esto... Te quiero y te mereces que te quiera, pero me habría resultado ya imposible seguir estando cerca de ti por un minuto más con todo esto en mi cabeza. No estoy loca. No creas. No me

juzgues hasta que todo haya pasado. Quizás entonces puedas perdonarme... Aquí me encuentro feliz, casi radiante... Y allí, metida en casa, cargada de problemas... Ocultando en el pecho mil historias que yo sola tenía que comerme sin decírselo a nadie... La Alhambra es hermosísima pero está rodeada de celosías y murallas siempre, siempre...

Cuando llegué a Venecia la primera noche, en aquel hotelito modesto cerca del aeropuerto de Mestre, te confieso que tuve algún minuto de arrepentimiento y de congoja por sentirme tan desamparada. Eché de menos tu desenvoltura con los taxistas, con los transfers, con los *carabinieri*, tus rápidas reacciones en las aduanas, ante los conserjes... Siempre he sido patosa para los idiomas, ya lo sabes... Y tú tan decidido... Por un minuto pensé que al día siguiente estaría ya sacando el billete de vuelta para casa... Pero ya ves... Al final, como siempre, venció la luchadora perseverante que llevo metida dentro de las tripas y, dándole un portazo a las dificultades, me armé de arrestos y dije: para bien o para mal ¡aquí te quedas! Y, como puedes comprobar, aquí ya me he quedado...

Ay, Daniel, tú no sabes la de cosas que he vivido desde entonces. No te puedes imaginar cuántas pequeñas sensaciones pueden descubrirse en una ciudad que, a primera vista, parece solamente fabricada para viajes de recién casados, americanos incultos y japoneses ávidos de llevárselo todo retratado... Venecia tiene calles, sí, he dicho calles, increíbles. Si en lugar de dejarte guiar por el Gran Canal y el Puente de Rialto hasta San Marcos, te desvías de los circuitos concebidos por los touroperadores, te puedes quedar del otro lado con los rincones entrañables que puedes descubrir a cada paso... Y no te hablo tan sólo de sitios amplios como el Campo de San Polo o el de San Giacomo del Omo o el de Santa María Formosa, que al fin y al cabo, aún siendo lugares muy hermosos, no dejan de estar conectados a esos radios de acción de los excursionistas. No, no. Yo te hablo, por ejemplo, de la Vía Garibaldi, de Bandiera e Moro, de Santi Apostoli, de la Calle Lunga, del Canale della Misericordia... Tantos espacios por descubrir y tantos sitios increíbles, que me pasaría toda la tarde citándote nombres de sitios que me han ido revelando, poco a poco, la verdadera ciudad que aún es Venecia.

Una ciudad que huele a algas y a café recién tostado, que suena serenamente a latidos apaciguados de mar desembravecido, que tiene un cielo de color azul intenso, pero con una pizca de sensación de muerte colgada de las nubes... Tal vez por eso llamen la Laguna Morta a las aguas que la rodean por el norte... Tal vez por eso sus góndolas parezcan catafalcos... Todo acaba por mimetizarse con el entorno con el tiempo... Hasta, tal vez, quizás por eso siempre haya una noticia triste de verano referida a Venecia en la portada de cualquier periódico sensacionalista, diciendo que se hunde, que se pudren sin remisión sus fundamenta, que es imparabile la subida, cada vez más preocupante, de sus Aguas Altas...

Tengo que marcharme. Había quedado con una persona que va a buscarme alojamiento en un apartamento (este hotel es muy caro a pesar de ser pequeño, y no podría permitirme el lujo de pasar en el más de una o dos semanas) y acaban de llamarme desde la Recepción para decirme que ha llegado... Muchos besos...

Vengo muerta. Ni te imaginas lo que hemos recorrido. Y todo a pie, que esta ciudad engaña. Parece que es de agua en las postales, pero después hay calles y *piazzales* y campos y *fondamenta* y *rivas* y callejones y pasadizos, con sus puentes a cada cuatro pasos, que comunican, como minúsculas arterias, todo el entramado de callejas, de una punta a la otra, sin tener que poner los pies en el agua o pisar para nada en una góndola...

Como te iba diciendo, hemos estado buscando, con una lista de *indirizzos* que nos ha proporcionado una agencia, por toda la ciudad hasta encontrar un apartamentito o alguna habitación (yo tampoco deseo grandes lujos) para poder soportar mejor los gastos que una estancia prolongada podría ocasionar en esta ciudad tan hecha para el atraco cotidiano a cualquiera que lleve colgada una cámara del hombro o luzca una pamelela y calzón corto o hable en otra lengua que no sea la de Dante. He dicho prolongada, sí. Porque, la verdad es que pienso quedarme mucho tiempo. Al menos mucho más de lo que una agencia de viajes considera oportuno para darle un vistazo de corrida a cualquier ciudad turística, si vas a ella con un programa de vacaciones de esos de TODA ITALIA EN 12 DÍAS. Yo tengo, desde

luego, otras intenciones. Me ha acompañado una persona que habla correctamente cuatro idiomas, claro que, en este caso, le sobran dos directamente... Ya te contaré en otro momento de quién se trata. Sé paciente. Que ahora me interesa mucho más decirte el chollo que he encontrado (que él me ha encontrado, para ser exactos). Me ha conseguido una buhardilla preciosa, amueblada con cuatro cachivaches pero con mucho gusto, con una terracita monísima desde la que se ve el mar directamente, por 450 euros al mes. ¿Tú te das cuenta? Estoy como loca. ¡El mar en la ventana! Bueno, la verdad es que aquí el mar se ve de todas partes... No es una cosa de tirar cohetes... Pero me encanta que se vea desde mi casa. Está en el Campo dei Gesuiti, enfrente de una iglesia... Tampoco esto puede considerarse un dato relevante, pues con darte media vuelta, en Venecia uno se topa con una iglesia en dos patadas... Pero justo al lado de la calle donde está el apartamentito sale el *vaporetto* de la línea 12 que va a Burano y a Torcello. El cuartito está excelentemente comunicado y muy bien situado, y, con un poco de práctica, se puede llegar andando y sin problemas hasta el puente de Rialto e incluso hasta San Marcos. Me cambiaré mañana. Seguro que me gusta...

Me he puesto como loca de contenta cuando he colgado los cuatro vestidos que me he traído y he deshecho las bolsas y he desparramado por el baño todo el contenido del neceser, el secador del pelo, el gorro de ducha, los cepillos... Con este despliegue de banalidades es como si hubiese tomado posesión del habitáculo. Me siento como en casa. Todo está ajustado. Todo está correcto. Tengo una mesa en la salita, que es, a la vez, también el dormitorio, desde donde te estoy escribiendo de nuevo con la ventana abierta, escuchando las sirenas de los barcos que pasan por delante y el ronroneo constante de sus motores... La terraza es pequeña y acogedora. Da sobre los tejados de otras casas más bajas. Pero por encima de ellos se ve perfectamente el mar inmenso, hoy lleno de marañas en el cielo. Es un cuarto piso, así que, aunque se inunde un poco la Serenísima, yo creo que voy a estar a salvo...

He dormido bien, para ser la primera noche en mi nueva residencia. No hay ruidos. Sólo los gatos merodearon, ya de

tarde, por la terraza y le maullaron a la luna la alteración de sus hormonas unas cuantas horas. Contra la mañana sonaron unas campanas inclementes. No quise hacerles caso, pero al momento, otras más cercanas, insistieron con su salmodia matutina y al rato unas terceras... Nada que ver con la campana de la Vela... ¡Todo sea por la paz y la belleza!

Esta mañana he bajado yo sola a hacer la compra a un pequeño mercado que hay al otro lado de la calle. Venden de todo y no es muy caro. Cuando no sé pedir alguna cosa, lo cojo simplemente y digo: *cuanto costa* y se lo pago sin más, o le abro el bolsillo del monedero al vendedor para que coja lo correcto si no he entendido el precio. No me resulta complicado. Luego doy una vuelta por el barrio y así, poquito a poco, en círculos concéntricos, cada día conozco espacios nuevos y me voy habituando a este precioso entorno. Hoy, por ejemplo, he llegado hasta el Quartiere Grimani y he entrado en la iglesia de la Madonna del Orto. Y le he rezado. Le he rezado por ti y por mí. Porque esta aventura tenga el final que yo he previsto y porque no sufras mucho cuando todo haya concluido felizmente. Y eso que en estas cosas, como tú sabes, yo no creo... Pero hoy le he rezado a la Madonna. Tal vez mis oraciones no hayan traspasado ni siquiera la bóveda de la iglesia, pero a mí me han ayudado a sentirme más entera, más fuerte, más serena... Y he rezado también por nuestros hijos, ya que poco más puedo hacer hoy por ellos desde tan lejos. No creas que si no los he mencionado en esta carta mucho antes es porque no los quiero. Todo lo contrario. Me causa tanta pena haber tenido que tomar esta decisión irrevocable sin haberlos puesto al corriente a ellos previamente de los acontecimientos... Mi Miguel, ya hecho todo un hombre, viviendo por su cuenta, enfrascado en la vorágine del éxito y de la competencia por llegar el primero hasta la cumbre. Cómo me acuerdo de cuando era pequeño, tan dependiente de mí, tan pegado siempre a mis faldas, a mis rodillas, como un indefenso pajarito... Y nuestra Isabelita, mi niña, ella que siempre quiso la luna y las estrellas, conformada a la fuerza con una vida tan corriente, desde que se casó con ese soplagaitas de tercera clase que nunca fue capaz de sacarla de pobre y le

arruinó la vida metiéndola en ese comercio de baratijas de mala muerte de la calle Elvira. ¡Mira tú que pintarán los jipis a estas horas! Eso está bien cuando se tienen dieciocho años. A esa edad se llevan a cabo todas las revoluciones necesarias e innecesarias, pero a partir de un momento determinado de la vida hay que mirar para casa y ser más prácticos... ¿No crees tú? Mis pobres niños. Pues, aunque pienses que no, también lo he hecho por ellos... No te lo creerás, pero lo he hecho sobre todo para que no sufrieran los agrios comentarios de la gente... Para que no tuvieran que taparse la cara cuando alguien pasase a su lado cuchicheando vaya usted a saber qué disparates... ¿Para qué iba a decírselo? ¿No te parece, Daniel? ¿Por qué hacerlos sufrir si no hay necesidad, si esto podemos vivirlo tú y yo solos, como cuando éramos jóvenes, echándole coraje, y sin tener que darle tres cuartos al pregonero?

Perdóname, Daniel, por haberte ocultado este asunto durante tanto tiempo. No he sabido afrontarlo de otra forma. Y perdóname, sobre todo, por haber actuado sin consultar con ninguno de vosotros...

Tengo que irte contando las cosas poco a poco, porque a mí misma me da miedo entrar a saco en las explicaciones, en las justificaciones, en las excusas, en los subterfugios tal vez, cualquiera sabe, de los disparates que voy a irte exponiendo de ahora en adelante... Sé que sabrás disculparme como has hecho siempre, y por eso te quiero como a nadie.

El caso es que conocí a Mauro... Sí, ya sé, es la persona que me ha solucionado todo aquí en Venecia, que me ha acompañado a todas partes, que me esperaba en Mestre y por la que he realizado este viaje... Ya sé que lo debía haber mencionado mucho antes... Te lo he ocultado durante todo este tiempo para que no tirases directamente mi carta a la basura, pero al final tenía que salir, cómo no. Siempre hay otro hombre y todo eso... Pero aguanta un poco... Pues como te iba diciendo, lo conocí en la biblioteca de nuestra casa. No. No te asustes. Él nunca ha estado en Granada ni en el Albaycín ni ha subido jamás por la Calderería arriba ni se ha paseado por la plazuela de San Miguel Alto. Fue en una noche de soledad, como otras muchas, enganchada a internet y a uno de esos chats de los que siempre

yo había echado pestes y renegado por considerarlos impersonales y necios y a sus participantes gentes solitarias y llenas de represiones y complejos... Pero ocurrió lo que ocurrió y no me arrepiento para nada... Ojalá lo hubiera conocido mucho antes... Sí, te lo digo como lo siento... Se llama Mauro Salvati. Y es encantador, tengo que reconocerlo. No te pongas celoso, pero es cierto. Las cosas como son. Si voy a ser sincera, lo tengo que ser con todas las consecuencias y contártelo todo desde el principio. Mauro es rotundo y tímido a la vez. Bastante más joven que nosotros, pero ni tanto como para aparentar un hijo mío ni tan poco como para que parezca mi marido. Educado, pero sin ser pedante. Elegante pero, a la vez, con un toque buscado de abandono, muy a su aire. Y culto en cierta medida, eso que llamamos las mujeres: interesante. Y bastante guapo, para qué negártelo. Salgo con él de vez en cuando... Es decir: a menudo... Bueno, si debo ser sincera, tengo que confesarte que nos vemos todas las tardes, porque por las mañanas él trabaja en su clínica y en su laboratorio... Es médico, ya lo habrás deducido... Responsable, nada bohemio, ni estrafalario, sosegado y en absoluto impulsivo ni vehemente en sus opiniones o en su comportamiento... En fin, todo lo contrario de lo que tú eres. Y, mira tú por dónde, desde el primer momento no tuve ningún reparo en abrirle mi corazón inmediatamente... Y debo confesarte que fue muy comprensivo. Enseguida me dio su entera confianza. Hablar con él ha sido un ejercicio fácil y reconfortante, pero sobre todo catártico. Me tranquiliza, me procura esa paz que hace ya tiempo había perdido... Aunque todo esto no quiere decir nada. Yo te sigo queriendo como siempre. Tú eres tú y él es otra cosa... Entiéndelo Daniel. No sé si puedes. Esto no ha sido una postura cómoda, sino una decisión muy meditada, noche tras noche, durante muchas horas... Y no me arrepiento en absoluto... Mauro se ha ocupado de mí completamente desde que llegué a Venecia. Él me estaba esperando en el aeropuerto. También, como ya habrás podido intuir, ha sido él quien se ha encargado de buscarme el hotel de los primeros días y luego el apartamento del Campo dei Gesuiti. Y, evidentemente, enseguida se convirtió en mi devoto guía *particolare* por toda la ciudad desde el primer momento en que puse los pies en esta *isola*. Sólo tengo que coger el teléfono para tenerlo enteramente a mi servicio... No me

digas que no es una gozada. Me está enseñando palabras en italiano y es tan solícito que, con sólo mirarme, sabe qué necesito y se adelanta a mis deseos *ipso facto*. ¿Te acuerdas de *ipso facto*? Tú le decías a los niños: quiero que hagáis esto *ipso facto*. Y ellos te respondían cuando lo habían terminado: asunto realizado *ipsofactamente*... Mauro me los recuerda por su juventud y su presteza.

Con Mauro estoy conociendo sitios increíbles. Hoy hemos visitado l'Accademia. El saca los billetes, me da la mano para cruzar la pasarela del *vaporetto*, busca un asiento libre para que me siente, vuelve a ofrecerme el brazo para subir a la parada cuando termina el recorrido, me cede el paso, me lo explica todo en un español casi perfecto... Me sitúa en el barrio, el *quartiere*, el *sextile*, la calle, la acera... Todo. Todo. Me ha contado que l'Accademia está ubicada en la antigua Scuola Grande della Carità, adosada a la iglesia que a continuación de ella se levanta, con el mismo nombre: Santa María della Carità, y que fue construida por Bernardo Baccaruzzi o Maccaruzzi, de eso no estoy ya muy segura... En fin, que no se necesita llevar guía con él por parte alguna. Se lo sabe todo. Nació en Astí, muy cerca de Torino, pero ya hace más de una década que trabaja e investiga aquí en Venecia en el Ospedale della Misericordia... Ya ves, me pasa lo de siempre, sin darme cuenta me pongo a desarrollar historias secundarias y dejo aparcado el hilo de la narración principal en un rincón tan profundo de la memoria que luego para volver a él me cuesta ni se sabe... Te estaba hablando de la Academia, eso es... Me parecieron maravillosas las pinturas que hay colgadas en sus muros... Pero sobre todo me gustó el San Jorge... Cuando llegué ante el San Jorge de Mantegna me quedé fascinada: tan pequeño en medidas, una tablita de no mucha importancia, y sin embargo tan altivo él, tan arrogante en sus hechuras. Me fascinó el dragón vencido y derrotado a sus pies. Y aquella lanza rota, único testigo de su, seguramente, terrorífica lucha con la bestia. Y él ya vencedor, ya relajado, apoyando la mano izquierda en su cadera, completamente distendido, después de la batalla... Casi se me saltaron las lágrimas al verlo. A Mauro no le cabía en su cabeza mi fijación por el pequeño

cuadro y me arrastraba hacia los trípticos de Bellini o las Madonnas de Cósimo Turá, pero yo era incapaz de despegarme de aquella pequeña tabla casi mágica... Finalmente me arrancó de allí y desfilaron ante mis ojos tantas maravillas que me estaría una semana contándote, detalle a detalle, esa acumulación de belleza tan grandiosa. ¿Sabías que El Banquete en casa de Leví, del Veronese, era, en su concepción, una Última Cena, pero que el Santo Oficio le obligó, tras arduo interrogatorio, a cambiarle el título, si no quería verlo destruido, por haber pintado en el cuadro elementos poco recomendables para aparecer en la última cena de Cristo, tales como un borracho, lansquenets alemanes, un hombre con la nariz ensangrentada, enanos, animales, bufones y hasta un negro? Es impresionante. Tanto el lienzo de dimensiones gigantescas como la sorprendente anécdota. Pero hay tantas maravillas en la Accademia: Canaletto, Signorelli, Pinturichio... Aunque a mí, particularmente, lo que más me gustó de todo fue La Tempestad del Giorgione, junto con el San Jorge de Mantegna. Soy una pesada ¿verdad? Cuando pego la hebra... Tú ya sabes que la pintura ha sido siempre mi debilidad.

La Tempestad es desconcertante simplemente. Fíjate que incluso las arquitecturas del fondo a mí me recordaron ligeramente a las arquitecturas de la Alhambra... La primera impresión es de melancolía, pero esa sensación se diluye al poco tiempo de observarlo. La naturaleza, la tormenta, la humedad del ámbito tenebroso, el inminente aguacero, se van evaporando poco a poco para dar paso a otras sensaciones mucho más complejas. Observas enseguida una situación idílica, una Arcadia serena, casi virgiliana, con ese personaje del primer plano, ligeramente apoyado en su bastón, y aquella matrona, más alejada, semidesnuda y amamantando a un niño... Mauro me dijo luego que ilustraba un pasaje de la Tebaida de Stazio, pero que había algunos críticos que opinaban que se trataba de un retrato del propio autor y su familia sin más, y que incluso muchas de las guías daban como cierto que el cuadro se inspiraba en la Hypnerotomaquia Poliphili, en cuyo caso la dama sentada representaría a Venus amamantando a Cupido, el joven al protagonista de la novela y el paisaje a un momento

determinado de la misma... Pero a mí me dejó atrapada quizás por otras connotaciones menos literarias... No sé, observé en él algo amenazador que me inquietaba. Y sin saber el porqué, tuve de pronto una misteriosa comunicación con la mujer del cuadro. Sentí que me miraba a mí sola y a nadie más de aquella sala, desde su tela desconcertante y enigmática.

No quisiera aburrirte con estas largas elucubraciones sobre interpretaciones de pintura, pero es que quiero ser sincera y contarte absolutamente todo lo que me ocurra en estos días. Todo, sin tapujos. Y la verdad es que *La Tempestad* me desconcertó hasta tal punto que, tras su contemplación, le rogué a Mauro que abandonáramos l'Accademia porque me sentía incapaz de concentrarme en otros cuadros. Todo comenzó a parecerme ya superfluo. Sólo me golpeaba la cabeza aquella mujer amamantando al... ¿niño?

Mauro no puso objeciones a mi ruego y nos marchamos. Fuimos caminando por la Calle Larga hasta la Plaza de San Marcos y nos metimos en el Café Florián. Mauro insistió en que debía conocerlo. Me dijo que este café había sido visitado siempre por artistas, desde Lord Byron a Giuseppe Verdi... Pero, si debo ser sincera, a mí me resultó un tanto agobiante, con las paredes otra vez llenas de pinturas y esos asientos corridos de terciopelo rojo que le dan ese aspecto tan decadente... Tuve un ligero desmayo cuando el pobre se esforzaba en explicarme, uno por uno, todos los frescos de la Sala Mora... Tal vez debimos haber decidido visitar otro tipo de sitio menos recargado: un mercado de flores o una tienda de ropa... Pero no fue necesario sugerirle nada, pues él enseguida me propuso que abandonáramos el local y me acompañó a casa con una amabilidad casi estudiada, e insistió en que pasaríamos primero por su consulta y que comprobaría mis constantes. Yo le dije que me encontraba bien, pero él insistió y no hubo modo... Los médicos, ya se sabe...

Ay Daniel, esta mañana he ido yo sola hasta el mercado delle Fabbriche Vecchie de Rialto. He cogido mi plano y, como una Ariadna cualquiera, dispuesta a desentrañar los misterios del laberinto, me he puesto en marcha, sin ningún Teseo, convencida de llegar hasta la guarida del Minotauro sin otra ayuda que un

diminuto mapa plastificado. Y es que, he decidido que, siempre que pueda (y todavía puedo) no voy a ir en *vaporetto* a ningún sitio, sino andando, aunque ello suponga, como en este caso, darle doscientas vueltas a las callejas, a los *salizzade*, a los *rii terrá*, a los *sottoporteghi* o a los campillos pertinentes hasta dar allá con el objetivo marcado. ¡Y lo he logrado sola! Es cierto que he ido descansando, pues, a parte de la fatiga mental y el quebradero de cabeza que supone tener que elegir continuamente el camino más corto y menos dificultoso, o las dudas entre izquierda o derecha en este sugerente dédalo de puentes y canales, me asfixio a cada poco...

Tú me decías que eran tonterías mías y que no le diera importancia a cosas tan intrascendentes... Que todo se debía a la falta de ejercicio y a las muchas horas empleadas leyendo o instalada delante del ordenador tardes enteras. Pero yo te decía que no, que esto cada vez me iba gustando menos... Y tú ganaste. Acabaste por convencerme de que eran simplemente imaginaciones mías, y yo terminé, claro, por hacerte caso y dejar de lado aquellos insignificantes dolores de cabeza y mis indisposiciones, hasta que casi logré olvidarme de todo por completo... Pero lo que fuera siguió ahí sin desvanecerse, y ahora esas migrañas son cada vez más persistentes. Tanto que me acompañan casi constantemente día y noche... Y, a estas alturas, me temo que no haya soluciones... Ya poco importa... Todo me da lo mismo últimamente...

Pero a lo que te iba. Estuve en los mercadillos de Rialto y me parecieron preciosísimos. Puestecitos de flores, de verduras, de pescado fresquísimo recién traído de la Chioggia o de la propia laguna de Venecia... Debajo de cada toldo fui descubriendo, emocionada, aquellos diminutos mundos particulares perfectamente ordenados y divididos por formas y colores. Compré un pescado y un poco de verdura. Luego unas gambas y unas cigalitas para un *risotto misto*, cuya receta me improvisó, allí mismo, una señora amabilísima, aunque, si te digo la verdad, a lo largo de su enrevesado parlamento, tuve que averiguar más por intuición que por otra cosa los puntos esenciales de la receta. De todas formas, lo voy a intentar esta noche tranquilamente en el apartamento y, si me sale bien,

quizás invite a Mauro este fin de semana. En asuntos de cocina no hay que experimentar con los invitados como si fueran conejillos... La Signora Gina, se llamaba así, además me cogió luego del brazo y, para que no tuviera problemas en los próximos días que fuese por los puestos, me presentó a su pescadero que se llamaba Guido y, ya te puedes imaginar, siendo como son los italianos, éste interrumpió enseguida los gritos con los que elogiaba las bondades de sus peces, para saludarme...(tenía, como todos, los mejores pescados de la Laguna, el mejor marisco del Adriático, los precios más arreglados de toda la península...) y, acto seguido, me presentó a su primo, que era el pescadero del puesto de al lado, y éste a su hermano, que vendía verduras más adelante, quien me dio una tarjeta para su cuñado, que vendía souvenirs en el Puente de Rialto... *La famiglia...* Cómo pueden llegar a ser de atosigantes y de simpáticos estos venecianos... La verdad es que era todo precioso, vocinglero, lleno de vida, de colores... Pero, mira, como te digo una cosa te digo la otra, el Puente de Rialto, con todo y ser tan famoso y seguir lleno de puestos de vendedores, ya no es lo mismo que cuando tú y yo vinimos de viaje de novios. ¿Te acuerdas, Daniel, de aquella cafetería, justo en la bajada, donde desayunábamos y el barman, nada más vernos entrar con la cara de tontos enamorados que llevaríamos entonces, nos ponía la canción VENECIA SIN TI de Charles Aznavour? No he querido entrar ahora sin embargo. Me parecía una falta de respeto a nuestros recuerdos. El puente no es lo mismo, digan lo que digan. Ahora está atestado de tenderetes de baratijas con góndolas de plástico, máscaras de carnaval, pisapapeles de Murano o esas bolas de plástico que encierran dentro de su transparente esfera la catedral de San Marcos, y que, cuando las agitas, se ponen a nevar como si fuera puro invierno de los Alpes... Cogí una, en un acto reflejo incontrolado, como cuando necesitas comprarles recuerdos a tus hijos, y en un desafortunado movimiento de los dedos, ocupadas como tenía las manos con las bolsas del pescado, se me resbaló y se cayó al suelo, yo no sé cómo, ya te digo, y comenzó a rodar por el entablillado de madera, escaleras abajo, mientras el vendedor, un hombre gordo con barba y ojos exoftálmicos, igual que el Orson Welles de Ciudadano Kane, me soltaba un rosario de improperios, ante los cuales yo me quedé un momento

atolondrada, mirándole a la cara como hipnotizada. Y como me vio tan aturdida, quizás para relajar la tensión que él mismo había provocado, me dijo, inquisitivo: *¿cosa aspetta ancora, signora?* Y a mí no se me ocurrió otra cosa que soltarle: ¡que diga usted: *rosebud!* ¿Qué otra cosa podía decirle, no te parece? Y allí lo dejé solo y me di media vuelta, mientras soltaba a mis espaldas otra sarta de frases incomprensibles... ¿No ves? Me embalo, contándote las anécdotas sin importancia y luego se me va el santo de lo principal al cielo y no soy nada cronológica... Pues, como te iba diciendo, en resumidas cuentas, la pequeña subida del puente me dejó prácticamente sin respiración y, de haber podido, de buena gana me hubiera sentado en los peldaños de madera o hubiera llamado a un taxi a toda prisa...

Me apoyé, ya fuera de la zona de mercado, en el pilón de la barandilla de un puente, como pude, un rato largo y luego, lentamente, con mis bolsas de la compra, fui haciendo paradas aquí y allá, hasta que, mal que bien, llegué hasta el Campo de los Santos Giovanni e Paolo... Allí, a dos manzanas sólo de mi casa, creyendo no poder llegar a ella, tuve la intención de llamar a Mauro para que viniera a recogerme... Pero me armé de valor y, sujetada a las paredes de los edificios, fui, un poco perdida por aquel laberinto de callejas, encaminándome hacia el apartamentito... En un recodo, docenas de máscaras de Polichinelas y de Pantalones me observaron con melancolía desde la fachada de una tienda de artesanía carnavalesca. De buena gana me hubiera ocultado tras cualquiera de ellas para disimular mi agotamiento con un poco de teatralidad... Iba derrengada, partida por los riñones. Desvencijada y aturdida... Me recordé, qué disparate, fíjate tú bien, viéndome tan cansada y seguramente demacrada, al propio Ashembach de Visconti implorando la mano o la sonrisa de un Tazio inexistente para salir del trance...

Todo ha pasado ya. Parece que ha sido un simple aviso sin otra consecuencia. Pero, si quieres que te diga la verdad, por quien llegué asustarme de verdad fue por vosotros, porque lo que es yo ya lo tengo todo asimilado y asumido...

Esta mañana he ido a una peluquería que hay aquí muy cerca. Estaba un poco harta de verme con los mismos pelos

raquíticos y decidí cambiarme el aspecto, aunque sólo fuera para darme ánimos. Mientras la peluquera me lavaba el pelo y me teñía, me entró un sopor tan agradable, no sé si por el ronroneo de los secadores o por haberme abandonado en manos de otra persona (que eso, quieras que no, relaja), que me quedé dormida sin sentirlo. Durante el voluntario amodorramiento tuve tiempo de pasar revista a ciertos aspectos de estos acontecimientos que tan deprisa han ocurrido desde que comencé a comprender que lo nuestro no tenía ya futuro. Y un sinfín de preguntas me martillaron el cerebro: ¿era yo, con mi drástica decisión, un ser cobarde o muy valiente?, ¿había sido generosa o miserable?, ¿había actuado con precipitación o razonablemente...? Pero me fue difícil encontrar respuestas adecuadas. ¿A quién herirás? ¿A quién liberarás? Qué complicado es todo, Daniel, qué complicado... En toda relación hay siempre, tras los primeros momentos de pasión y de ternura, una pausa más o menos larga de reflexión y de introspección que suena a veces a arrepentimiento. Pero luego las circunstancias y los compromisos adquiridos pesan tanto que una se detiene y lo medita antes de cometer la locura, como dice la gente, de romper las amarras y de lanzarse a bogar sola hacia un futuro incierto con los propios remos... La verdad es que piensas estas cosas o las dices en voz alta o las escribes y hasta tú misma te asustas de lo que acabas de dejar salir de tu interior sin darte cuenta... Y es que esto, Daniel, es muy difícil de compartir con los demás, contigo sobre todo, y de aceptarlo y que lo aceptes sin ponerme trabas... Si tú hubieras sido un hombre más comprometido, más valiente, sí, un hombre más templado, seguramente antes de salir huyendo de Granada, te habría puesto las cartas encima de la mesa, boca arriba, y no habría habido necesidad de todo esto, pero me vi tan sola... Y no es que te eche la culpa de nada, Dios me libre, pero no he tenido valor para mirarte a la cara la última noche antes de hacer para siempre las maletas... Porque eran para siempre, y yo bien que lo sabía... Pero de haberte dicho la verdad, posiblemente tú no lo hubieras soportado, como no soportaste el divorcio de tu amigo Pepe, o el entierro del hijo de tu hermana, o cuando Miguel dejó preñada a su novia de Gandía, o la desgracia de Antonio, o lo de Matilde y Merche... Y tantas otras cosas terribles, es cierto, que han ocurrido a la vera tuya misma, y que han logrado rebanarte

la médula del alma, derrumbándote estrepitosamente, sin que hayas tenido corazón para enfrentarte a ellas. Verás que he dicho corazón y no otra cosa, porque a mí me parece que los genitales se tienen para otro menester y no para afrontar derrotas en la vida. Ya me dirás tú, de lo contrario, de dónde cojones iban a sacar tales arrestos los millones de mujeres que les echan redaños a las miles de circunstancias adversas de sus existencias... Pero me vuelvo a ir por los cerros de Úbeda, perdóname de nuevo... Vuelvo al grano: como te decía, yo misma, tuve que armarme de valor y determinarlo todo sin contar contigo. Por eso decidí realizar este viaje sola, sin más acompañamiento que mis terribles resoluciones, mis fantasmas y mis enemigos íntimos. Todos llevamos dentro de nosotros un adversario que, casi sin que nos demos cuenta, nos va quitando protagonismo poco a poco hasta que definitivamente, nos reduce y gana la batalla... Y no podemos engañarlo, pues es tan poderoso que, desde que nacemos, vive a nuestras expensas y su único fin es conducirnos a la muerte. Vaya, ya he pronunciado la palabra. Es igual, en un momento u otro tenía que salir y tampoco hay que darle mucha más importancia de la que tiene. Se está y, un buen día, dejas de estar y santas pascuas. No hay más historias. Existe el día a día, los pequeños momentos de aparente felicidad que compartimos con los que nos quieren o queremos (hay personas que no reconocerían a la felicidad ni aunque la vieran dar saltos delante de ellos), las alegrías inmensas, moderadas o aceptables que nos procuramos regalándonos a nosotros mismos, cuando nos es posible, momentos, cosas, seres, sensaciones... Y luego la verdad. Esa cruda verdad que persevera por encima de toda circunstancia y que nos marca para siempre desde el momento en que la descubrimos y aceptamos que ya no va a separarse de nosotros en ningún momento... La certeza terrible de saber que, aunque vencamos escaramuzas puntuales, acabaremos, tarde o temprano, por perder la batalla decisiva. Porque quien a la postre triunfa siempre es la catástrofe. Toda historia feliz lo es porque todavía es una historia inacabada. La vida es una sucesión de derrotas hasta llegar a la última batalla. Eso es así siempre. Qué terrible ¿verdad? Qué duro es aceptarlo. Nos ponemos vendas adrede para no ver lo que es inevitable. Inventamos fingidos ejercicios de artificiosa dicha para olvidarnos de que somos

canicas que rodamos derechas hacia un hoyo. Esta mañana, por ejemplo, me he sentido vieja, llena de arrugas en la piel y en el alma y, en lugar de aceptarme, he salido corriendo a buscar a alguien que me engañe. Me he pasado dos horas de reloj sentada delante del espejo, dejándome hacer por una chica mona, de esas de revista, toda clase de perrerías en el pelo y en la cara para estar más guapa. Y hasta creo que lo conseguí. Bueno lo consiguió ella, que fue la que le dio al peine y a los tintes. Al menos, por la calle luego, hasta hubo algún hombre que llegó incluso a fijarse en mí con una pizca de intención en su mirada. Ya ves, me dirás tú, a tus años, hecha una ruina ya de lo que fuiste, y todavía coqueteando... Pues fíjate, con todo y con eso, entré en una tienda de discos, o de cedés, o como se diga ahora, para comprar el Adaggietto de Malher, y la vendedora, que no tenía porqué, tras conversar un rato sobre cosas sin importancia del mundo de los discos que no vienen al caso, me dijo que era una mujer muy atractiva. Si ella supiera...

Ha llamado Mauro muy temprano. Me ha dicho que no tengo por qué preocuparme más de lo debido, pero no lo he notado nada convencido. O mejor dicho, yo creo que me lo ha comunicado de manera muy clara, para que yo pudiera interpretar el mensaje cifrado que pretendía transmitirme con tanta rotundidad que cualquiera que estuviese en un caso como el mío debía intuir, sin ningún género de dudas, el delicado asunto. Ya lo suponía. Un día u otro tenía que pasar y ya ha pasado. A mí no me ha cogido por sorpresa. Más le temblaba a él la voz que a mí las piernas. Ya estaba preparada desde hacía bastante tiempo, aunque, la verdad, nunca se está del todo para que te digan cosas como ésa. Así que me he ido al Ospedale della Misericordia directamente y he subido hasta su despacho para que me contara todo sin rodeos. Ha sido generoso. Me dio ánimos, como la primera vez que contacté a través de internet con él desde Granada y se ofreció, sin trabas, para llevar a cabo todos los análisis y curas pertinentes, durante el tiempo que fuese necesario, y me brindó su consulta y sus cuidados... Sólo que esta vez su ofrecimiento no se limitaba a informes técnicos y a tratamientos esperanzadores. Él va a ocuparse de mis últimos

momentos desinteresadamente. Desde hoy hasta el desenlace definitivo estaré completamente en sus manos para todo. No... No me preguntes ni te preguntes por qué lo he preferido a él a mi familia, a ti, a mis hijos... Las razones que pueda tener íntimamente para saber qué cosas suelen ser tan complejas, tan enrevesadas... Y no voy a ponerme ahora a hablar de ello. Porque, a lo mejor, resulta que ni yo misma las sé concretamente... Tal vez, si tengo tiempo aún, en otro momento menos tenso... Confórmate, mi querido Daniel, con saber que estoy en paz conmigo misma, que yo he querido dar así este paso y que ni tú ni nadie hubieseis conseguido obligarme a que fuera de otra forma...

Me acabo de mirar en el espejo. Estoy hecha una birria. Un adefesio. A mí no se me derrite el tinte desde la cabeza como al infortunado protagonista de Muerte en Venecia le ocurría en la playa del Lido mientras se le escapaba de entre los dedos su sueño inalcanzable, pero la verdad es que me chorrean sudores fríos por todo el cuerpo y me llegan ya las ojeras hasta el suelo... Che potesse venire il cattivo male così subito non mi era passato nemeno per la mente... Mauro no me ha dejado salir del Ospedale. Enseguida me han proporcionado una habitación individual para instalarme lo más cómodamente posible. Pero no quiero estar aquí cuando la muerte llegue. Quiero que me lleven a casa, a mi buhardilla y, si es posible, que me sienten en una mecedora que hay en la terraza mirando para San Michele... A lo mejor resulta todo más llevadero. La naturaleza del género humano es seguirse engañando tercamente hasta el final...

La luz de las farolas de la calle se cuela por entre las lamas de la persiana, dibujando largas bandas anchas en el techo. Tras los calmantes de rigor, la mascarilla de oxígeno y un ciclo dolorosísimo, me he quedado traspuesta unas cuantas horas. Cuando llegó Mauro contra la mañana, me hallaba un poco más recuperada. Me habían instalado las enfermeras de noche en una silla de ruedas y, mal que bien, me sujetaba en ella sin ostensibles derrumbamientos... Mandó que me pusiesen otro calmante... Y tomarme dos ampollas... Yo lo acepté con estoicismo resignado, a sabiendas de que todo aquello no haría más que prolongar una existencia ya sin calidad de vida alguna, sin esperanzas, y

abocada a la inmediata precipitación de los acontecimientos que ocurrirían en poco tiempo sin remedio... Todo se estaba apresurando más deprisa de lo previsible y yo me daba perfectamente cuenta, aunque a mi alrededor el disimulo, la amabilidad y la sonrisa intentasen ocultar lo inocultable. Por parte de Mauro sobre todo. Sigue siendo tan educado, tan galante... Su mirada trasmite tanta paz y confianza. La verdad es que sus gestos siempre pausados y seguros me fascinan, a mí que ahora se me nubla la vista de tanto en tanto, o me tiemblan las manos al intentar coger de la mesilla un simple vaso de agua clara, o me quedo colgada de una nube sin saber a dónde acudir con la memoria extraviada por entre mis recuerdos más queridos, zozobrando sin rumbo en un pasado ya irrecuperable, deshaciéndome lentamente de las vivencias más entrañables y queridas para que este desamarre no me resulte tan penoso... Cuando abandonas los recuerdos, o éstos te abandonan a ti, ya no eres nada. Todo lo que somos lo configura nuestro archivo. Destruído éste, nos convertimos en una marioneta. Una mirada viva o dolorosa o chispeante o perversa o enamorada, está generada y matizada por las vivencias de toda una existencia y por los recuerdos que el cerebro guarda. Descartados éstos, los ojos se mueren y aparecen inexpresivos, como los míos ahora, turbios y vidriosos igual que los de un pez extendido en la pescadería de Guido.

Esta mañana me he despertado con mejor aspecto, sin embargo. Mauro me ha llevado, sin yo pedirle nada, en la silla de ruedas claro está, hasta la cafetería del Ospedale. Hemos desayunado juntos recordando las otras muchas veces que lo habíamos hecho, tras aquellos interminables parlamentos después que me aplicaban la quimioterapia. Estaba sorprendido, y me lo dijo, de que no se me hubiese caído el pelo estrepitosamente como suele ocurrirle a casi todo el mundo. La verdad es que entresacado sí que me ha quedado, pero con un pañuelito de estos tan monos de *pura seta* que aquí se compran en cualquier esquina, me las he ido apañando para salir del paso. Hemos echado cuenta de mis gastos y todo lo hemos arreglado sin problemas. Él no ha querido, y eso que yo he sido insistente

hasta el aburrimiento, cobrarme nada por sus honorarios. Sólo los gastos de hospital y alojamiento... Ya todo está pagado. De eso no tienes que ocuparte. Tampoco de los costes del testamento que está ya realizado, abonado, legitimado y metido en el bagueño de casa en el cajón secreto... También hay cuatro cosas personales que he querido dejarles a los niños en los altillos de mi armario, detrás del nórdico de pluma y de las mantas... Y para ti, Daniel, te dejo una larga carta escrita y meditada durante intensas noches de soledad y pena, pegada con adhesivo en el bajo del segundo cajón de mi mesilla... En ella te cuento todos mis afanes, mis trajines, los desfallecimientos y cavilaciones que me han atormentado durante días de tenebroso espanto, y te detallo, una por una, las largas noches que he llorado por ti, por Miguel, por Isabel y por los niños, encabronada con la vida, que me tenía reservada, sin avisarme, a la vuelta de los mejores momentos de nuestra existencia, esta encerrona terrorífica... No he tenido valor para decírtelo de frente... Ahí está todo. Perdóname si puedes algún día. Yo no he querido nunca hacerte daño. Todo lo contrario. Al escapar de ti, lo he hecho con la intención de liberarte de este dolorosísimo proceso. He querido con ello que siempre me recuerdes aceptablemente y no hecha un guiñapo como estoy ahora. Coquetería femenina, si lo prefieres, o simple lógica de mujer que conoce perfectamente a cada uno de los miembros de su familia. Descubrirlo todo hubiera supuesto un parón en las expectativas profesionales de Miguel, un trastorno, cuando no una histeria, para Isabelita, un desarreglo para los niños y tu seguro derrumbamiento. Eso bien lo sabes. Yo que he sido siempre quien ha llevado el timón en nuestra casa, la fuerte, la tirada para adelante, ahora no podía dejar en vuestras manos una situación para la que no estabais preparados ninguno de los tres. Espero que tú, al menos, sepas comprenderlo...

Le he pedido a Mauro, y él ha accedido, que me llevara a la Accademia por última vez, aunque fuese en la silla de ruedas y en el *vaporetto* o en góndola o como a él le diese la gana. Ha sido muy penoso. Ya no me valgo con la ropa. Me han tenido que ayudar las enfermeras a vestirme. Apenas tengo fuerza ni para

meterme por los brazos una simple rebeca... Hemos ido en una motora pequeña que, en un plis plas, nos puso delante de Santa María della Carità y de l'Accademia. Con alguna dificultad, entre el barquero y Mauro, izaron el carrito hasta los *fondamenta*... Todo salió mejor de lo previsto. Quería comprobar de nuevo algo que la vez anterior me dejó desasosegada cuando observaba el cuadro del Giorgione. Le dije a Mauro que no se detuviera delante de ningún otro... Que me colocase directamente delante de *La Tempestad*. Y, cuando lo tuve ante mis ojos, me quedé sorprendida de lo que ahora estaba viendo. Había leído en el catálogo que, a la salida, adquirí en la anterior visita, que la figura del joven de la izquierda había sido en origen una hermosa dama que, displicente, miraba a la derecha. Con esa nueva referencia en mi cerebro, ya por cierto confuso y un tanto nebuloso, el mensaje del cuadro había ido tergiversándose en mis numerosas visualizaciones reflexivas, cada vez que intentaba recordarlo, pero, al tenerlo de nuevo delante de mis ojos y aplicarle mis nuevas conjeturas, todo el concepto cambió radicalmente, como sospechaba... La impresión que me causó fue indescriptible. De una clarividencia abrumadora. De un estremecimiento sobrecogedor... Ya no era capaz de ver al joven galante de la Arcadia, sino a un enigmático travestido bajo cuyas ropas asomaban las carnes y la desnudez de una mujer aún más misteriosa... Y de pronto, todo pareció tener sentido y encajar a la perfección en un segundo, como me temía... Al fondo una ciudad abandonada, que para mí, sin duda, seguía siendo Granada. Sobre ella la lúgubre tormenta que yo os había dejado a ti y a nuestros hijos con mi huida. El espacio desde sus muros hasta las figuras debía representar mi lejanía, mi largo viaje y la tierra puesta de por medio entre vosotros y yo misma. La mujer sentada que le da, conscientemente, la espalda a la ciudad y se oculta de ella con una capellina y que amamanta al ser aún pequeño e indefenso, yo misma tapando mi vergüenza delante de vosotros, pero desnuda de brazos para abajo, con los órganos de la vida al descubierto y resignada a amamantar al monstruo que me estaba sorbiendo las entrañas noche tras noche sin soltarme los pechos ni un segundo, chupándome la vida. Ni que decir tiene que la enigmática dama, escondida bajo el ropaje y la apariencia de un hombre, para mí ya era evidente que se trataba

de la muerte. Una muerte que hacía un breve descanso, reposando su espera sobre la pica de su diestra y sobre el pie derecho, pero que a la vez, miraba, ya impaciente, a mi persona por el largo proceso casi interminable de amamantar al fatídico engendro que llevaba pegado al vientre y a mis pechos, sin que, por fin, me decidiera a acompañarla... Aún había un puente –siempre nos queda la esperanza– de tablas y pilotes de madera por el que poder escapar hacia la vida, pero aquel hombre-sino, o aquella mujer-muerte, como uno quisiera ya llamarlos, impedía con su firme presencia toda huida. Todo estaba previsto, incluidos los obstáculos de las arquitecturas destartadas y la naturaleza embarazosa, para frenar mi escapatoria. Sólo quedaba esperar un poco más para que el destino inexorable se cumpliera...

¡Qué diferencia con el San Jorge de Mantegna! Él había conseguido la victoria y miraba, orgulloso, en derredor suyo, satisfecho de su triunfo certero contra el monstruo. A sus pies, derrotado, yacía el dragón inerme, completamente inocuo... Tras el santo, sonaban, arrogantes, los coros de serafines y tronos cantándole alabanzas... Tras de la Tempestad, sólo rugía el pesado desplazarse opresivo de las nubes de tormenta anunciando la catástrofe inminente... y por primera vez sentí la desesperación apoderarse de mi pecho. El monstruo había crecido dentro de mi cuerpo amamantado con mi propia savia y ahora me devoraba las entrañas mucho más poderoso que yo misma, que apenas si me sentía con fuerzas ya para ni siquiera rechazarlo... Mi única esperanza era la muerte... Aquellos pensamientos consiguieron que me sintiera profundamente desasosegada, inquieta, soliviantada, ansiosa, y busqué, con desesperación, una salida de la tela o una manera de hacer desaparecer al travestido para siempre... Pero sufrí un desfallecimiento y Mauro tuvo que traerme a casa urgentemente.

Ahora estoy, tras haberme aplicado no sé cuántos fármacos, sentada en la mecedora de la terracita que da para el Canale delle Navi, en la Laguna Morta. Ya ves: Laguna Morta. Todo parece confabularse en contra de la vida, o a lo mejor es que se ha dispuesto media Venecia a acompañarme en mi terrible viaje hasta el silencio definitivo, y por eso me suena todo a

muertos... Será eso... Veo desde aquí, por entre la calima, los muros rosados de la isla de San Michele, con su parterre enorme sembrado de cipreses en medio de las aguas. Sólo brilla la cúpula blanquísima de piedra de su iglesia, de la que sobresale el *campanile* alto como una flecha... Parece ser que aquí están enterrados muchos hombres ilustres que acabaron enamorados de Venecia cuando quedaron atrapados en sus redes fascinantes en alguno de sus viajes. También los venecianos. Antes no. Se enterraban en cementerios que había repartidos dentro de la ciudad o en las iglesias, pero el hedor que desprendían sus cuerpos en verano, enterrados como estaban a poca profundidad por la escasez de tierra, y la contaminación que sufrían los veneros de los pozos situados en los Campos, al filtrarse las aguas que entraban en contacto con los cadáveres, obligó a los gobiernos de la Serenísima a sacar los cementerios fuera del casco urbano. Hoy casi todos se entierran en San Michele (cada vez estoy más convencida que de lo que más llena estará la tierra un día será de muertos...). Parece un sitio hermoso para dormir eternamente. Pero descansar aquí cuesta muy caro. Hay pocos nichos a perpetuidad. Al ser uno de los espacios más solicitados –todos los habitantes de la ciudad acabarán por instalarse aquí un día u otro– se han convertido sus sepulturas en localidades mucho más caras que las de la Fenice... Pero no voy a arruinarme ni a arruinaros después que pase todo, no te preocupes... Ni tampoco pretendo contaminar una ciudad de por sí ya bastante plagada de pestilencias... Le he pedido a Mauro, con tu permiso, que me incinere y lance mis cenizas delante de la iglesia del Redentore, en el Canal de la Giudecca... Fue la primera vista que tuve desde la ventana del hotel cuando llegué hasta aquí hace dos meses, ¡Dios mío cómo corre el tiempo para el que no lo tiene por delante! Y fue una visión tan deslumbrante que aún me cuesta quitármela de la cabeza. Su blancura, su resplandor dorado por la tarde, la perfección de su fachada, el equilibrio de los volúmenes, la maestría de Palladio en el reparto de las masas arquitectónicas me fascinaron desde el momento en que la tuve delante de mis ojos... Cuánta belleza en tan breve espacio... Qué depreisa va todo, qué depreisa...

El primer día que llegué a Venecia, me costaba creer que este largo camino que habría de recorrer en solitario pudiera llevarlo a cabo sin tu ayuda, Daniel, pero ya ves, ahora que estoy a punto de terminarlo no tengo ningún miedo. Y me alegro de no haber estado acompañada de vosotros, de Miguel, de Isabel, de los niños, de Clara y de Roberto... Pero sobre todo me alegro de que no hayas estado tú conmigo... Mira, ahora pasa un avión atravesando el cielo derecho al continente... Pero no hay vuelta atrás. No hay alas suficientes para arreglar ya esto en modo alguno... He querido que me recordases como he sido siempre, sólo eso... Si me vieras ahora... Esta mañana, al intentar peinarme la enfermera, se le venían mechones enteros de pelo con el peine... A mí ya me resultaba dolorosísimo elevar el brazo por encima del hombro para llegarme a la cabeza, por eso lo hacen ellas... Le he preguntado a Mauro varias veces si es que la luz se iba y se venía de repente o si me estaba también quedando ciega... Si era necesario también eso... Él me mintió y me dijo que la luz solía irse cada poco en una ciudad con tantos edificios artísticos tan esplendorosamente iluminados, pero yo sabía que lo hacía para no asustarme...

Daniel, nunca he querido a nadie como a ti te quiero... Ni siquiera a mis hijos... Y eso que para los hijos dicen que una se vacía por completo desde adentro de cariño y de devoción diaria... Si tengo que decirte la verdad, yo creo que, a medida que dejabas de ser mi amante vigoroso de los primeros años, te fuiste convirtiendo, poco a poco, en otro niño grande... En mi particular querido e indefenso amante conspicuo y silencioso... En mi adorado cómplice de la dulzura... Precisamente por eso me escapé de tu lado en cuanto supe a ciencia cierta cómo iba a desarrollarse y a terminar todo este proceso tan terrible... Sé que la ruptura total jamás existe, pero los animales, cuando presienten la hora de la muerte, también huyen del claro de la selva y de los suyos y se esconden entre el follaje más profundo para no ser observados en su último momento... Y allí en Granada, ¿te imaginas la escena con el Hospital de San Juan de Dios continuamente lleno de familiares, amigos y conocidos, mirando inquisitivos las manifestaciones de la bestia a medida que se fuese apoderando de mi cuerpo o, en los últimos días,

presenciando las certeras y reiteradas dentelladas de la muerte...? No una y mil veces... Siempre me lo dije... Esto me concierne a mí sola y a mi vida... Llámalo como quieras, pero para mí tan sólo ha sido el último gesto de generosidad que podía tener ya con vosotros, evitándoos momentos tan terribles... Perdóname también por haberte engañado como a un chiquillo con todas esas cartas que te han ido llegando desde París y Londres, simulando un viaje inexistente. Me han servido de cómplices Solange y Katy, con quienes he mantenido una estrecha correspondencia durante estos meses, mandándoles las cuartillas que ellas te enviaban desde sus domicilios. Pero no saben nada de mi historia. Ha sido mucho más fácil haberles hecho creer que estaba aquí con un amante y convertirlas en mis encubridoras silenciosas que contarles mi auténtica verdad tan cruda y tan terrible... Las mujeres en esto somos un poco tontas y entramos al trapo de los embaucamientos con tintes de infidelidades a la mínima. Con decirte que no me pusieron ni una pega. Llámalas tú, cuando todo haya pasado, y pídeles disculpas de mi parte.

El tiempo se me acaba... Estoy de nuevo en el Ospedale della Misericordia y apenas si puedo sujetar la pluma entre mis dedos... Está atardeciendo y los rigores oscuros del crepúsculo se asoman ya detrás de la ventana... Yo creo que no voy a ver cumplido mi deseo de morirme mirando al mar desde la terracita del apartamento... Me ha tenido que traer Mauro a toda prisa porque me asfixiaba... Mi respiración es ahora costosa y agotadora... A pesar de la mascarilla de oxígeno, pido constantemente que me abran la ventana... Parece como si me faltara espacio..., no tengo suficiente noche..., suficiente cielo... No quiero sufrir en el último momento y Mauro me ha prometido que no va a consentirlo... En este instante han entrado varias enfermeras... Me encuentro rodeada de tubos y de cables a los que estoy completamente conectada... Me han atado el brazo izquierdo, donde tengo las vías más aparatosas, para que no lo mueva... Me imagino que ya están inyectándome en las venas algún narcótico sedante para que todo ocurra plácidamente y sin excesivos aspavientos, pero a pesar de todo, aún guardo la consciencia y puedo garabatearte estas últimas palabras... Tengo que decirte que te quiero, otra vez, antes que sea ya demasiado

tarde... Daniel, te echo de menos... Quisiera despedirme cogida de tu mano, pero a la vez soy consciente de que no quiero que conserves de mí esta última apariencia tan terrible... Siento un leve dolor por todo el pecho... Oigo sonar campanas aquí muy cerca... Retumban estrepitosamente, pero no me molestan ya siquiera... Las campanas doblan siempre por uno mismo ¿verdad...? Cuando recibas esta carta ya todo habrá acabado y eso me reconforta enormemente... Mauro sigue conmigo... Ha ordenado ponerme la dosis de morfina pertinente para que deje de quejarme... Me urge a que me desprenda del bolígrafo... Me temo que no podré seguir contándote lo que me ocurra de ahora en adelante... No te podré decir cómo es Caronte... Tampoco si me han colocado debajo de la lengua el preceptivo óbolo para cruzar la Estigia... Todo se apaga... Todo me da vueltas... Elisa.